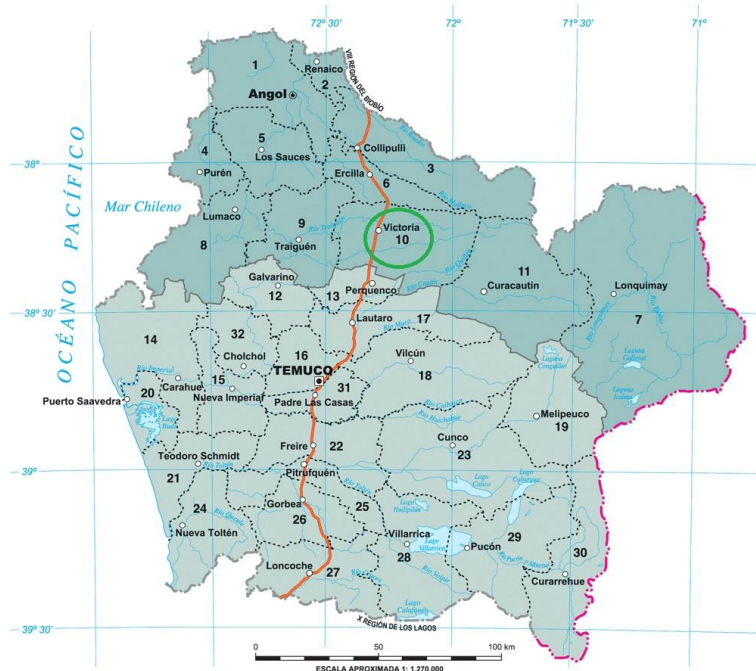
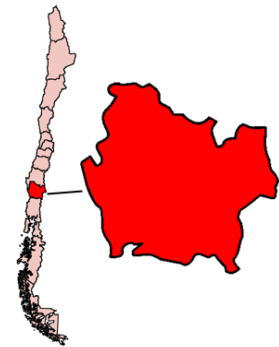


Lof Boyen Mapu de Trangol II: del terrateniente al mapuche

“Yo quiero vivir como comunidad, sin reglamentos, (...) me siento más libre así, como el mapuche vivía antes, no tengo ningún papel ni quiero ningún papel” Rudesindo Huenchullán hijo

1. Ubicación

La Comunidad Mapuche o Lof Boyen Mapu Trangol II está ubicada en la comuna o municipio de Victoria que tiene 24.000 habitantes. El estado chileno se divide actualmente en 15 regiones, que fueron numeradas durante el régimen de Augusto Pinochet. Boyen Mapu, como llamaremos en adelante esta pequeña comunidad mapuche, está ubicada en la Novena Región más común y antiguamente llamada Región de la Araucanía, al sur del país aunque antes de adentrarse en la Patagonia chilena. La región de la Araucanía tiene una población estimada de 960.000 personas de las cuales aproximadamente el 45% tiene identidad mapuche. La Araucanía, a su vez, se divide en dos provincias: al sur Cautín y al norte Malleco.



SIMBOLOGÍA

●	Capital regional
○	Capital provincial
○	Capital comunal
---	Límite internacional
---	Límite regional
---	Límite provincial
---	Límite comunal
31	Identifica la comuna

La comunidad protagonista de este estudio, Domingo Trangol, se encuentra entre las coordenadas de latitud $-38^{\circ} 18' 35.7372''$ y longitud $-72^{\circ} 19' 5.7''$, en la provincia de Malleco, dos horas al norte de Temuco, capital de la Araucanía y aproximadamente a 700 kilómetros al sur de Santiago de Chile, capital del país.

2. Clasificación del caso

En la comuna de Victoria existen varias comunidades mapuche organizadas. Una de las más antiguas es la de Trangol I. En 2013 se da en Trangol I un debate interno sobre la cuestión de la recuperación territorial del que surge una división y la creación de otra comunidad autónoma: Trangol II, partidaria y decidida a recuperar el territorio ancestral de nada menos que sus mismos abuelos y abuelas. Trangol II quedó integrada por aproximadamente 77 familias que se organizan como comunidad mapuche, crean su propia personería jurídica como tal y dan continuidad a un proceso de recuperación territorial colectivo. Siguen viviendo en el mismo territorio de Trangol I pero tienen la mirada fija en el territorio vecino, propiedad legal de varios terratenientes pero principalmente de un señor empresario y terrateniente de origen alemán y de nombre Bernardo Cheifelle.

Después de cinco años de resistencia, que se contarán en el cuarto apartado, cuando la comunidad está por lograr la tierra se dan al interno de Trangol II nuevos debates sobre la gestión y el nivel de interferencia en la organización de la tierra por parte de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, CONADI, institución pública encargada de negociar la compra de tierras a los terratenientes para entregarlas a las comunidades indígenas. Es en ese momento que se crea la Lof Boyen Mapu Trangol II, con 27 personas fundadoras que pertenecen a pocos linajes mapuche, con el núcleo central en la extensa familia Huenchullán, hijos, hermanos y familiares de Aurora Esther Colihuinca, nacida en 1955 y Rudesindo Huenchullán Silva, nacido en 1952, quienes hoy tienen siete hijos y 16 nietos. El hijo mayor de este matrimonio llamado como su padre, Rudesindo Huenchullán, es el *werken* o vocero de la comunidad desde hace años y es uno de los que ha insistido más intensamente para lograr las 630 hectáreas que hoy administran. Actualmente Boyen Mapu está integrada por 20 familias.

Ellas y ellos son los protagonistas de este caso, un proceso de recuperación territorial desde abajo, parido por mujeres y hombres muy humildes que a su vez han pasado en el desarrollo de los hechos por un importante proceso de transformación de su consciencia política, social y cultural. Y es que gran parte de esta comunidad había pertenecido, y algunos aún pertenecen, a la iglesia evangélica y sólo gracias al hecho de adueñarse del proceso de recuperación de su territorio ancestral y de ponerse en contacto e intercambiar experiencias con otras comunidades mapuche de la región, han logrado también liberarse de muchas opresiones contra su propia identidad y estilo de vida mapuche. Rudesindo Huenchullán hijo, ya se empoderó de su lucha y, con mucho respeto afirma: “como dice mi papá, le doy gracias a Dios por la vida que me dio pero no por la recuperación porque la recuperación la hicimos nosotros. Uno pensó autónomamente para sacar esto adelante”.

3. Características demográficas y culturales

Según el comunicador mapuche Alfredo Seguel hay aproximadamente un millón y medio de personas pertenecientes al pueblo mapuche en Chile. En la Araucanía hay aproximadamente 500.000 de esos mapuches repartidos en *lofs* o comunidades ancestrales en las zonas rurales de la región y también en los centros urbanos. La comunidad *Boyen Mapu* es una de estas comunidades ancestralmente ligadas a su territorio y al trabajo de la tierra. *Mapu* significa en mapuzungun o lengua de la tierra, territorio o tierra. El *Boyen*, por otro lado, es el canelo, uno de los árboles de significación cultural más importantes para la ritualidad mapuche. Se presenta, por lo tanto, la comunidad mapuche de la Tierra de los Canelos. “En conjunto, cuando nos separamos de la otra comunidad y empezamos el proceso de recuperación nos identificamos con el canelo y por eso se llamó Boyen Mapu.”, explica el *werken* de la comunidad. Como cuenta Anselmo Llaulen, miembro de Boyen Mapu, “uno puede tener su boyen o canelo: el boyen tiene innumerables cualidades y el mapuche lo usa para hacer su rogativa, lo usa como altar para la rogativa”, refiriéndose a su *rewe* o altar espiritual sagrado.

Tanto los y las mayores como Rudesindo Huenchullán padre y Aurora Colihuinca como los más jóvenes, son conscientes de que a pesar de que en las últimas décadas han vivido arrinconados en pequeños lotes donde difícilmente se puede vivir de la tierra, el territorio que han visto a su alrededor en manos de terratenientes generalmente de origen extranjero les perteneció a sus ancestros no hace demasiado tiempo. Como dice Rudesindo hijo, “de los abuelos y bisabuelos rescatamos la idea de que esta tierra era nuestra. Ese conocimiento quedó a pesar de que los abuelos se fueron y por eso nos tomamos esta tierra, porque donde están enterrados los abuelos es intocable”. Hoy son los hijos, nietos y bisnietos de esos mayores, aproximadamente 100 personas o 20 familias, las que participan del proceso de construcción de este nuevo territorio mapuche recuperado. Ahora el reto es poder trabajar y vivir de la tierra para poder ejercer el control territorial que durante décadas se les ha negado.

Agua en el territorio

En todo el territorio de Trangol I, donde han vivido hasta hace poco las familias protagonistas y como infelizmente ya es de costumbre en las comunidades rurales americanas, la escasez de agua se ha convertido en una problemática. El principal motivo es el monocultivo de las empresas forestales de eucaliptus, especialistas en secar las tierras ya que sus raíces absorben muchísima agua. Aún quedan aguas subterráneas con las que subsistir pero el otro problema es la capacidad de gestionar autónomamente su territorio: “En Trangol I algunos tienen acceso a agua de la vertiente y otros tienen pozos: salió un proyecto hace poco para hacer un pozo pero no escuchan a los mapuche,

vienen de afuera mandando y hacen un pozo que dura dos o tres años y luego se seca. La gente en Trangol I no ha trabajado en la autonomía de su propia comunidad, vienen las empresas y siempre dejan la embarrada en algún lugar.”, se lamenta Rudesindo.

“Nosotros sabemos buscar el agua, hay mapuche con el don de encontrar el agua, no necesitamos gente del gobierno que venga a buscar el agua, estamos capacitados”, reivindica el señor Anselmo. “Al lado de Trangol I hay una plantación de 800 hectáreas de eucaliptos de la forestal Mininco que nos secó el canelo, porque secó el menoko que es la zona húmeda donde crece el canelo”, cuenta Anselmo a lo que Rudesindo añade que “en 2001 intentamos recuperar esa tierra pero no salió.” Así las cosas, por ahora tienen acceso a agua de una u otra manera pero no saben hasta cuando porque es bien escasa. La lucha es por poder construir accesos al recurso hídrico de manera autónoma y en armonía con la naturaleza.

Educación y cultura ancestral

Los niños y niñas de Trangol II, 20 aproximadamente, atienden diferente escuelas rurales que hay en la zona, una de ellas en Trangol I, que sin embargo sólo ofrecen educación hasta el sexto curso, cuando tienen 12 años. “Si desde pequeños se van a la ciudad adquieren otros hábitos, así que por lo menos en la escuela rural están hasta sexto curso y luego se tienen que ir a quedar al pueblo – Victoria- porque es mucha plata ir y venir cada día y les dan internado gratuito en la ciudad, se paga una cuota anual bajita”, cuenta Rudesindo quien cada viernes recoge a una de sus hijas, Carmen Huenchullán, del colegio en Victoria para que pase el fin de semana con la familia en la comunidad. “En la ciudad es difícil mantener la cultura, y por el racismo te van a criticar por hablar mapuzungun”, cuenta Rudesindo.

Su hija Carmen asegura que no se ha sentido víctima de racismo por ahora, pero también acepta que si bien lo entiende un poco, ella ya no habla el mapuzungun a diferencia de sus papas, sus tíos y sus abuelos. “Después, para entrar a la universidad si sale caro y no hay oportunidades, por eso el pueblo mapuche no tiene más que el secundario”, denuncia el *werken* de la comunidad. Si bien Carmen no sintió en su piel el racismo de la sociedad chilena a sus 15 años, su tía, la hermana menor de los Huenchullán, Camila Huenchullán, asegura que “aún se dan comentarios racistas, sólo por tener apellido mapuche, y yo les digo que somos gente normal sólo que el Dios nos fortalece a través de la tierra. Hay que alzar la cabeza y no dejar que se burlen de nosotros”, afirma rotunda.

La situación actual de Camila abre una de las problemáticas más comunes en las zonas rurales: la permanencia de los jóvenes en el territorio. Obligada, como Carmen y todos los jóvenes de la zona rural de Victoria, a vivir en el pueblo desde los 12 años, continuó estudiando hasta querer tener un trabajo formal y lo logró tan solo en la capital del país donde vive hace pocos años. “Me da pena irme a Santiago porque uno pierde la cultura allá, es la realidad. Acá uno aprende mucho más. Sin

embargo yo postulé para trabajar en Victoria como auxiliar de enfermería que es lo que estudié pero no hay espacio para gente nueva, hay que tener un contacto dentro siempre”. Como ella, la mayoría de hermanos Huenchullán han pasado algunas temporadas de su vida en Santiago o en Temuco trabajando para ganar un poco más de lo que pueden conseguir en Victoria o en la comunidad. Afortunadamente todos han vuelto y posiblemente más adelante también pueda hacerlo Camila.

Todo esto, sin embargo, se refiere a la educación y la vida laboral formal que el pueblo mapuche tiene que atender por habitar hoy día en el Estado chileno, pero siempre hay otra educación posiblemente más importante que es la que se transmite dentro de la familia y la comunidad y a través sobretodo de los espacios y momentos en los que se pone de manifiesto la cultura ancestral mapuche. Si bien es cierto que ha habido un proceso de aculturización fuerte debido a la colonización –considerada presente hasta hoy- y la consecuente entrada desde hace siglos de la religión cristiana a los territorios, los niños y niñas de Boyen Mapu tienen un sincero sentimiento de identidad mapuche fortalecido con el proceso de recuperación territorial ganado recientemente. “Ellos están presentes en las actividades culturales para que no se pierda la cultura mapuche, lo único que sí se ha perdido aquí es la rogativa para el guilletun, que cuando yo era pequeño los abuelos nos enseñaban aún”, explica el papá de Carmen. El guilletun es la ceremonia sagrada principal del pueblo mapuche que muchas comunidades celebran cada año, cada dos o cada cuatro y que se convierte en una gran celebración alrededor del *rewe* con ofrendas y mucha comida.

Otra gran celebración que algunos integrantes de la Boyen Mapu Trangol II si celebran es el Wetripantu o el año nuevo mapuche y el juego o tradición del Palin, un hockey ancestral mapuche: “la cancha del Palin es el Paliwe y allí jugamos dos veces al año, jugamos con Temucuicui, con Ranquilco, -otras comunidades mapuche- y luego de jugar conversamos, de cómo vamos creciendo, si estamos estancados, compartimos opiniones, conversamos sobre el *Kimün Mapuche*, -saber mapuche- y ese es el espacio también donde se sacan conclusiones: qué jóvenes son aptos para la lucha, si corren o no corren, que serán los *weichafes*, y de ahí sacábamos a los *werken*, porque el *werken* no puede ser cualquiera, tiene que tener la cultura bien firme. Ahí el *kimche*, el sabio, ve si los matrimonios están andando bien...”, cuenta Rudesindo. Otros grandes maestros en la cultura mapuche son los sueños: “El *peuma* o el sueño mapuche te advierte de los peligros igual que está el *witán* que es la alerta mapuche, o el latido”, cuenta Anselmo Llaulen quien demuestra ser un genuino sabedor y sentidor de la cultura mapuche. El *witán* es una especie de señal que el mismo cuerpo o el universo le dan al mapuche para saber si va por buen camino o averiguar cosas que pueden estar a punto de suceder.

Organización según necesidad

Las comunidades mapuche se organizan ancestralmente con un *logko* o autoridad política principal, un *werken*, que como se ha dicho es el vocero de la comunidad y la *machi* o autoridad espiritual. Esas son autoridades que siguen existiendo en la mayor parte de lofs a pesar de que hay muchos otros cargos y responsabilidades. En Trangol I siguen habiendo el Logko Juan Trangol, quien es el líder principal de la comunidad, pero después de la escisión de Trangol II y de Boyen Mapu se fueron construyendo nuevos liderazgos. Sin embargo, hoy por hoy la Lof Boyen Mapu no tiene un *logko* como tal sino que el liderazgo ha sido agarrado por Rudesindo Huenchullán hijo gracias a los espacios de formación y el intercambio con otras comunidades, sobre todo la lof Temucuicui, icónica por su proceso de lucha contra las forestales, su resistencia con el Estado chileno y su propio proceso de recuperación territorial.

Los espacios de toma de decisión han sido más bien fluidos y dinámicos, como cuenta Huechullán, “Cuando estábamos en lucha nos reuníamos a cada rato, muy a menudo, porque cuando se pone duro, cuando hay gente perseguida, uno tiene que prepararse, no quedarse ahí, rápidamente nos juntamos, ese el juego mapuche.” En la actualidad las decisiones colectivas se toman en reuniones que surgen espontáneamente cuando hay necesidad. Las dinámicas cotidianas de esta gran familia hacen que se encuentren casi diariamente.

Evidentemente la lof Boyen Mapu Trangol II vive enmarcada en un municipio, en una provincia, en una región y en un país con organizaciones administrativas y políticas que se superponen a la suya y consecuentemente se encuentran a menudo con contradicciones. “Nos hicieron creer que las autoridades son los alcaldes, senadores...”, reflexiona el señor Anselmo, “pero están los *kimche*, están los *tache*, las personas ancianas, la *machi* y a esas autoridades es a las que hay que valorar realmente”. Algo importante entre compañeros y compañeras mapuche, según el mismo compañero, es “el respeto como *peñi* –hermano en mapuzungun-, el hecho de mirarse como *peñi* y de ayudarse como *peñi*, es el *llamugün* entre *peñis*”.

4. Historia de la demanda y estrategia de acceso

Éste es el caso de una comunidad indígena mapuche que con los años, el testimonio de sus abuelos y abuelas que relata cómo vivieron antiguamente en los territorios aledaños a sus diminutas parcelas y la influencia de otras comunidades mapuche que ya han adelantado procesos de recuperación territorial, se deciden a entrar en la tierra del terrateniente y no dejar de insistir hasta lograr reapropiarse de su territorio ancestral. El territorio en el que viven ha sido habitado por el pueblo

mapuche desde que se recuerda, del mismo modo que lo fue todo el territorio que lo rodea antes de los tiempos de despojo y masacre protagonizados por colonizadores y terratenientes extranjeros.

Con la espada y la biblia

Don Rudesindo Huenchullán padre, nació en la que en aquel entonces se llamaba Reducción Trangol I liderada por el ya difunto logko Domingo Trangol. Eran siete hermanos y vivían en una ruca o casa mapuche tradicional en una hectárea de tierra que sembraban con trigo y avena. La familia de Aurora Colihuinca los superaba en número: “Nosotros éramos 12 hermanos, no había para comprar zapatos para todos e íbamos descalzos a la escuela y cuando sonaba la bocina lo primero que decían era que había que hablar en castellano y nosotros que ni siquiera entendíamos... Pero si hablábamos mapuzungun nos boleaban”, cuenta la mayora.

“Eso fue una tortura, un abuso, un sufrimiento. Los discriminaban por ser mapuches”, añade molesta su hija menor Camila. “Y ya en aquel entonces mi mamá me contaba que ellos de pequeños habían vivido en las tierras del gringo”, cuenta la mayora Colihuinca, a sus 63 años. “Mi mamá me decía <<no vaya por allá>> porque los colonos ya habían matado gente y habían quemado casas de mapuche”, testimonia también el mayor Huenchullán. Los terratenientes fueron el enemigo explícito pero hubo otra gran enemiga que pasó y pasa un poco más desapercibida hasta hoy. A pesar de que, como cuenta Aurora Colihuinca, su papá nunca quiso saber nada de la fe católica y siempre fue fiel a su cosmovisión mapuche, la entrada de iglesias evangélicas al territorio fue avasalladora y la mayoría de familias de la comunidad, incluida la suya, pasaron a rendir culto a esos pastores. “Mi papá no le gustaba lo católico, no quería escuchar, murió ateo”, testimonia.

Entre la iglesia y la fuerza del estado chileno que a través de la escuela, como recuerdan Rudesindo y Aurora, reprimieron y agredieron a los infantes que hablaban mapuzungun, la represión ideológica y cultural hacia el pueblo mapuche ha sido integral y sin límites. Su hijo mayor asegura que “en la iglesia te bajan, te sacan la manta –el poncho- y te obligan a llevar corbata. Es mentira que no importa el color y la raza, ellos lo que hacen es domar al mapuche (...) Aquí se oprimió tanto que quedaron con miedo de seguir defendiendo su tierra, me hubiera gustado que hubiera un *weichafe* –guerrero- con el que inspirarnos de esta misma tierra, pero no sabemos de que lo hubiera: eso sí, mi mayor respeto por todos los mapuche que entregaron su vida por la *ñuke mapu* –madre tierra-, ellos dejaron la bandera en alto”. La mayora Colihuinca añade en voz bajita, “aquí había mucha pobreza, tuvimos siete hijos y no todos pudieron estudiar en la escuela porque faltaba lo principal, pero gracias a Dios han levantado todo esto con la recuperación de tierras”.

Inicios de agitación ancestral en 2001

La generación de los hijos de este matrimonio ya anciano tampoco lo tuvo fácil, “vivíamos con mi esposa y mis hijos y mi hermano y su esposa y sus hijos en un espacio de 50 por 50, no había espacio donde criar animales o producir algo para poder trabajar, entonces teníamos caballos y salíamos a arrendar terreno”, cuenta Rudesindo hijo. “Pero yo veía como el colono trabajaba al lado de mi casa, como cosechaba, toda la vida lo vi”, relata con un tono de resentimiento el líder mapuche. “Y un día en una conversación con un grupo de familias Huenchullán, Llanka, Colihuinca y Silva dijimos ya no más”. Esa conversación se produjo en el año 2001 dentro de la comunidad de Trangol I, cuando se dio el primer intento de recuperación territorial con apoyo del Consejo de Todas las Tierras, una organización mapuche liderada por Aukan Huilcamán que luchaba por la recuperación del territorio ancestral mapuche, el Wallmapu.

Lucía Llanka es una de las compañeras mapuche que empezó la lucha en 2001 y la continuó con la comunidad Boyen Mapu hasta hoy. “En 2001 yo andaba apoyando a mi gente, peleando con los carabineros, entrábamos en el fundo, plantábamos la bandera mapuche, las mujeres sobre todo juntábamos piedras. Era un tiempo muy duro, tiraban muchos lacrimógenos, a las casas también”, recuerda sentada en la tierra ya lograda. “Yo soñaba con tener un campo así, teníamos solo una media hectárea para toda la familia”, asegura con emoción.

“Aukan vino a alumbrar un poco la lucha pero en esa época fue difícil porque cayeron muchos *peñis* encarcelados porque llegaron a pensar que podíamos hacer revoluciones y aplicaron fuerte la Ley Antiterrorista y entonces se fue enfriando” relata Rudesindo que deja expresada su inconformidad con la manera en que se llevó adelante la reivindicación en aquel momento histórico de agitación y defensa de la identidad y el territorio mapuche con el auge de organizaciones como el Consejo de Todas la Tierra o la Coordinadora Arauco-Malleco (CAM). A pesar de que en muchos puntos del territorio mapuche del lado chileno, llamado Gulumapu, la luchas de estas organizaciones, sobre todo de la CAM, llevaron al empoderamiento de muchas comunidades y al aumento de acciones directas en contra de las empresas forestales como son quemas de camiones cargados de madera, en la lof Trangol I “esa movilización no duró más de dos o tres años”. Sin embargo, como determina Rudesindo, “ya quedó esa marca para más adelante”.

De modo que en el año 2004 el fuego que había encendido la lucha de recuperación territorial mapuche en la comunidad Trangol I se enfrió y se apagó dejando, sin embargo, algunas brasas prendidas. E hicieron falta ocho años y una acción pésima por parte de la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena (CONADI), para que se prendieran de nuevo. En 2012, la CONADI llegó a su territorio para anunciar que parte del territorio por el cual Trangol I había luchado hacía una década sería comprado y entregado a otra comunidad mapuche cercana de la zona de Las Cardas

que había postulado para acceder a tierras. “Esa fue la mala compra de la CONADI”, sentencia Rudesindo. Pareciendo obvia la estrategia estatal de dividir, la comunidad mapuche se negó a que eso sucediera.

Entra en juego Temucuicui

La Lof Temucuicui es una de las comunidades mapuche que habrá salido más en los telediarios chilenos en los últimos veinte años. Muchos de sus líderes fueron, conjuntamente con otras comunidades de la provincia norte de la Araucanía, Malleco, fundadores de la Coordinadora Arauco-Malleco que nació en 1997 para reivindicar los derechos, el territorio, la cultura y la cosmovisión del pueblo mapuche. El grito central de su lucha es hasta hoy la autodeterminación del Wallmapu y la nación mapuche, lucha contra la que el estado chileno ha respondido con persecución y criminalización aplicando, frente cualquier acción o conflicto, una Ley Antiterrorista que tiene actualmente más de 100 presos mapuche en las cárceles chilenas. Uno de los principales líderes de Temucuicui es Jaime Huenchullán, quién, debe mencionarse, cuando fue entrevistado para hacer un caso de acceso a tierra de su comunidad para el Movimiento por la Tierra y el Territorio recomendó más bien que se visibilizara y difundiera el caso de la lof Boyen Mapu Trangol II.

Bien, con toda esa experiencia, los compañeros de Temucuicui representaban un buen apoyo para Trangol I así que, como sigue relatando Rudesindo, “en conjunto con algunos *peñis* caminamos a Temucuicui a pedir opiniones y ayuda y ellos vinieron a visitarnos y recuerdo bien que llegó el logko Victor Keupul, los *peñis* Jaime y Jorge Huenchullán y cinco más y nos dijeron: “aquí está clara una cosa y es que les quieren hacer pelear entre mapuches entonces, ustedes que quieren: tierras o papeles?” nosotros dijimos que tierras y entonces dijeron “pues desde hoy entren a ocupar esa tierra y si la CONADI se equivocó que lo resuelva la CONADI”, así nos dijeron y entonces nosotros empezamos a ocupar posiciones”. De modo que la comunidad mapuche de Las Cardas que tenía que ser alojada en esa tierra nunca alcanzó a llegar porque un sector importante de Trangol I “nos lo tomamos antes”, cuenta Rudesindo.

“En 2001 corrió sangre por recuperar esa tierra, porque había un terrateniente, Daniel Listemberg, que ese gringuito era mañoso, era soberbio y sabía dispararle a la gente e hirió gente”, recuerda molesto Rudesindo, y cuenta que eso mismo le explicaron a la otra comunidad mapuche para que comprendieran porque no permitían que llegaran allá. Supieron, luego, que al líder principal de la comunidad de Las Cardas “le pagaron para aceptar esa tierra, porque el terrateniente no quería (tratar) con nosotros”. Rudesindo recuerda también que el logko Victor Keupul les dijo, “mira *peñi*, esto se hace aquí y ahora y si ustedes están listos nosotros estamos dispuestos a venir a ayudarlos para llevar la fuerza desde lo cultural”, le dijo bien decidido, “entonces –continúa Rudesindo– cuando los colonos vieron que llegaron los de Temucuicui acá, dijeron ya no va más, porque en

Temucucui son *weichafes* –guerreros en mapuzungun-, apoyan con todo el ánimo, vienen a cambio de nada, como pueblo mapuche, y esa ayuda recibimos de ellos hasta ahora”.

El nuevo despertar y la división

De este modo, en 2012 empezó el proceso de recuperación definitivo: “volvíamos a nuestro territorio, plantábamos la bandera mapuche, hacíamos nuestras casas y cultivábamos”, relata Rudesindo. Ese mismo año se dio ese debate en torno a la recuperación del que se ha hablado anteriormente y que Lucía Llanka resume de manera sencilla: “nos dividimos porque la gente se quería quedar en la casa y nosotros queríamos recuperar”. En definitiva, los hechos de estar protagonizando un proceso bien firme y el hermanamiento con Temucucui evidenciaron unas diferencias ideológicas y metodológicas entre distintos sectores de la comunidad: “los mismo *peñis* de Trangol I decían “ah, estos están con los terroristas, están con los que matan”, así nos decían”, testimonia Rudesindo. De modo que los y las que están decididos a recuperar constituyen, con su personería jurídica propia, la nueva comunidad, la Trangol II, que más adelante se subdividirá por nuevas divergencias para acabar creando la lof Boyen Mapu Trangol II.

A inicios de 2014 las más de 70 familias de Trangol II ya tenían la mitad del territorio que reivindicaban ocupado y apropiado. La presencia de Temucucui fue decisiva. En abril de 2015 se da un momento álcido en la lucha mapuche con la ocupación por 22 días de la sede de la CONADI en la capital araucana, Temuco. “Nosotros fuimos de manera estratégica a apoyar a otras comunidades que estaban reprimidas con carabineros, en solidaridad principalmente con la comunidad de Ranquilco porque ellos recuperaban territorio de una forestal pero con mucha represión y fuimos para que no se sintieran solos”, relata Rudesindo. De hecho, múltiples comunas de la zona de Malleco están, hasta hoy día, militarizadas debido a la supuesta amenaza que supone el pueblo mapuche y el accionar de la CAM. En esa ocupación resultaron detenidos 33 *werken* de comunidades mapuche, entre ellos Rudesindo Huenchullan que quedó privado de libertad por un día.

La muestra de fuerza final


En abril de 2016 se celebró un Trawün, “una actividad cultural entorno al *palín* –el deporte ancestral mapuche- recuperando nuestra cultura y allí llegaron más de 200 personas, así que el colono vio que teníamos harto apoyo y ya no daba más, tenía miedo, él mismo decía que no dormía por las noches”, explica Rudesindo. Ese Trawün supuso una muestra de fuerza definitiva. Poco tiempo después el colono se decidió a negociar con la CONADI para vender la tierra, y entonces fue cuando llegó la enésima discusión, dentro esta vez de Trangol II, en torno a la manera de pasar a poseer la tierra definitivamente. Un sector de Trangol II quiso negociar con la CONADI y, de hecho, obtuvo finalmente el título de propiedad de las 630 hectáreas reivindicadas que el terrateniente

Bernardo Cheifelle le había vendido a la CONADI. La otra parte de Trangol II, los y las que se conformarían pronto como Boyen Mapu, querían habitar la tierra sin papeles de por medio y sin dejar que la CONADI viniera a repartir la tierra como ella quisiera entre las familias, de modo que, decididos a poseer su tierra a su propia manera, siguieron trabajando la tierra y empezaron a construir viviendas permanentes para habitar el territorio.

De este modo, tenemos un colectivo de aproximadamente 77 familias, la inicial Trangol II, que logró finalmente en noviembre de 2017 el título de propiedad de 630 hectáreas de su territorio ancestral negociadas a través de la CONADI, y de las cuales, 250 hectáreas aproximadamente son trabajadas y habitadas por 22 familias, las de Boyen Mapu, mayoritariamente del linaje Huenchullán, que decidieron pasar de la burocracia occidental pero que, de cualquier modo, viven en una tierra no solamente legítima sino también legal. Si bien el *werken* de Trangol II, Rudesindo Huenchullán fue uno de los líderes principales del proceso de recuperación, uno de sus tíos fue quien se dedicó a hacer toda la parte burocrática y legal con la CONADI y obtuvo un liderazgo importante en la actual Trangol II.

De cualquier modo, todos están de acuerdo en un factor: “Lo mejor que hicimos fue ir a Temuicui a sacar ideas. Gracias a los de Temuicui estamos aquí hoy: logramos echar a un latifundista que no era menor”, constata Rudesindo. Y el logro de la tierra recuperada, no tiene precio. “Eso fue una gran alegría porque este colono era un caballero peligroso, a veces se nos escapaban los animales por el poco espacio que teníamos y había que venirlos a buscar con sigilo porque ya hubo hartas matanzas de nuestros animales por parte de ese dueño”, cuenta Camila Huenchullán, pisando la tierra de donde la correataron hace unos años. “Mis bisabuelos habían vivido acá, así que esto nos pertenece y es un gran logro”, sentencia la joven Camila.


Línea de tiempo

<p>Inicio recuperación territorial con la comunidad Trangol I</p>	<p>2001</p>	
--	-------------	--



CHILE **MOVIMIENTO**
REGIONAL
POR LA TIERRA

	2004	Después de mucha represión y persecución judicial se enfría el proceso
Nuevo despertar: mala compra de la CONADI, contacto con Temucucui y creación de Trangol II	2012	
	2015	Construcción de viviendas en la territorio en recuperación y ocupación de la CONADI en Temuco
Celebración del Trawün en el territorio en recuperación como muestra de fuerza definitiva	2016	

	<p>2017</p>	<p>Victoria compra y entrega de 630 hectáreas por parte de la CONADI a Trangol II y Boyen Mapu</p>
---	--------------------	---

5. Aspectos legales del acceso y control de la tierra

El 28 de septiembre de 1992, se fundó la Corporación Nacional de Desarrollo Indígena, CONADI, hoy enmarcada en el Ministerio de Desarrollo Social chileno, por medio de la Ley Indígena 19253. La CONADI nace con los objetivos de promover, coordinar y ejecutar planes de desarrollo de las personas de pertenencia a los pueblos indígenas de Chile. Es a través de ésta que cualquier grupo de más de 15 personas que acrediten ser indígenas y se configuren con una personería jurídica pueden postular para acceder a tierra y programas agropecuarios, de vivienda, educativos etc. Y por este hecho muchas veces en lo que ha ayudado más la CONADI es en dividir a las comunidades, como ha sucedido en Trangol I, Trangol II y Boyen Mapu. Además, el actuar de este órgano público en beneficio real de las comunidades indígenas ha sido cuestionado muchas veces, tanto que se lo conoce popularmente como “La ConNadie”.

Pero según la comunidad Boyen Mapu, en este caso la CONADI estuvo más bien con el terrateniente porque denuncian que la compra que le hizo formalmente la CONADI a Bernardo Cheifelle era de 667 hectáreas pero que en el documento de propiedad legal de la tierra que le entregaron a la comunidad de Trangol II figuran 630 hectáreas. De manera que “al legalizarlo, en el plano aparecen 630 hectáreas, le pusieron 37 más, imagínate lo corruptos que son porque eso ya está pagado”, denuncia Rudesindo.

Esa es la base legal que ha dado lugar a la estrategia de acceso, pues la victoria final de la tierra se da gracias a la decisión por parte del terrateniente Bernardo Cheifelle de vender sus tierras al estado a través de la CONADI para que esta a su vez se las otorgue a las comunidades legítimamente dueñas de ese territorio. Sin embargo, es importante en este caso en particular remarcar que para muchas comunidades indígenas las bases legales o legítimas que dan lugar a la recuperación territorial son básicamente el hecho de que sus ancestros estén enterrados en las tierras en cuestión y la interminable deuda histórica que tienen los estados-nación coloniales con estos pueblos por haber masacrado a sus abuelos y abuelas y haberlos despojado de su territorio. “Con la CONADI las normas son exageradas, pretende mandarte si se pueden o no pueden hacer las cosas y yo quiero vivir como comunidad, sin reglamentos, yo no entiendo tan bien todavía esto –la burocracia- pero

yo me siento más libre así, yo vivo como yo quiero, así es como el mapuche vivía antes”, asegura vivo Rudesindo: “yo no tengo ningún papel ni quiero ningún papel, si se me entiende?”.

Un factor posiblemente positivo que tiene la Ley Indígena 19253 es que una vez logrado el título de propiedad de la tierra a través de la CONADI, este es legalmente indivisible en lotes para la propiedad particular de cada familia hasta pasados 25 años de la entrega. Este mecanismo, que no siempre es del agrado de las comunidades, se da principalmente como medida de precaución para que las comunidades indígenas no soliciten tierras a la CONADI con la intención de venderlas después. El otro mecanismo de protección de la tierra indígena es la prohibición de la posibilidad de venta de tierra mapuche a ciudadanos chilenos no mapuche asegurando así, teóricamente, la preexistencia del territorio indígena.

6. Tierra y territorio

La comunidad Boyen Mapu vive principalmente de la agricultura y la ganadería. La mayoría de las familias trabajan el trigo y la avena, actividad económica que antes llevaban a cabo muy habitualmente en media hectárea para básicamente sobrevivir y actualmente lo hacen en 15 hectáreas por familia o más territorio cuando trabajan colectivamente. “Trabajamos alrededor de 280 hectáreas entre 10 familias que son Huenchullán y Llanka; todas producimos trigo y avena y también tenemos ovejas, vacunos y caballos como transporte”, explica Rudesindo Huenchullán. Los hermanos Huenchullán consiguieron comprar hace pocos años un tractor con el que mover la tierra y cosechar el cereal.

Sin embargo, hay varias obstáculos y contradicciones por superar aún: como denuncia Anselmo Llaulen, “el colono ya le sacó el jugo a esta tierra que hoy está sobreexplotada” y como acepta Rudesindo, “es mucha cantidad para trabajarlo con abono orgánico de modo que usamos químicos, para que voy a mentirle, usamos abono triple y rango ful como mata maleza”. Y hubo también algunas sorpresas positivas con la tierra: “el colono dejó diez hectáreas sembradas de avellano; queremos probarlo, comprobar si funciona, vamos a empezar a pedir ayuda a algún agrónomo para aprender a manipularlo” cuenta el mayor de los Huenchullán. Además en el terreno logrado, “hay unos 100 encinos que hacen la bellota para alimentar al cerdo”, añade.

Comercialización y mercado

La comercialización de su producción es una cuestión que hay que transformar y son conscientes de ello. “El trigo y la avena los vendemos a empresas que compran para exportar y, la verdad, está difícil porque los ricos tienen un contrato preestablecido con ellas y tienen su propio transporte y los productores pequeños tenemos que buscar y pagar el flete”, cuenta Anselmo. Según cuentan los dos mapuche, la venta del trigo, por lo menos, siempre está asegurada porque “en cualquier lado te

lo compran”, pero la avena a veces es difícil colocarla. Y, como es de esperar, se sienten estafados por las grandes empresas: “La avena la vendemos a 90 pesos por kg y la empresa espera a que suba de precio y lo vende más caro, al final sacan como el doble solo por tener donde guardarlo” y por otro lado, “el trigo nos lo compran a 120 pesos el kg pero a los ricos se lo compran a 150 porque forman parte de una sociedad que manda”, denuncia Rudesindo Huenchullán. La peor contradicción es tal vez que en algunos casos las familias “venden todo el trigo y luego tienen que comprar harina”, se lamenta Llauen.

La otra pata de su economía, la venta de ganado para la industria cárnica, también se complica con la burocratización y modernización del mercado alimentario de Chile. “Antes nosotros fácilmente vendíamos un vacuno o un cerdo en el pueblo, ahora te ponen un parte”. Rudesindo se refiere a una multa por llevar el animal a pie hasta el local del comprador en Victoria. “Los políticos quieren tenerlo todo bien adecuado y la gente del campo se tiene que adaptar, así que resulta que los animales tienen que ir en camión y eso representa un costo”. Tanto cordero, como vaca, como chancho. Los campesinos e indígenas de la región ya no pueden caminar con sus animales por los caminos como hace pocos años. “No nos dejan trabajar, y encima luego vienen los políticos a pedir el voto mapuche”, se queja Rudesindo.

En Boyen Mapu Trangol II también se sienten víctimas de los subsidios del Estado que los condicionan de varias maneras como cuentan los hermanos Huenchullán: “Hace unos 5 años que empezamos a recibir un bono anual de 100.000 pesos chilenos para cultivar la tierra pero por recibirlos tenemos que cumplir con unas condiciones y entregar las facturas, tienen que comprarse los productos que ellos quieren, los fertilizantes, el líquido matahierbas etc. Al final es una plata que uno la agarra pero la vuelve a invertir toda en el pueblo -Victoria-, no lo invierte en el campo”

La parte positiva, que siempre la hay, es que resiste en el patio de la mayoría de familias una huerta para el autoconsumo que garantiza una buena parte de la soberanía alimentaria. “Yo tengo lechuga, tomate, ají, morrón, lenteja y más cosas en la huerta que la tengo para consumo propio”, cuenta Anselmo contento. Años atrás producían un poco más de verduras que las que consumen en la casa para vender en Victoria pero debido, de nuevo, a ese proceso de modernización o occidentalización chileno “ya no me sale bien vender en el pueblo porque hay que pagar por la patente del puesto, ya no nos dejan vender en la calle por más que nuestros productos vienen sanos, sin químicos, pero no, lo que más venden son los productos químicos que vienen del norte”, explica Anselmo Llauen.

Cambio climático y mingakos

La Araucanía es desde hace décadas una región invadida por el monocultivo de eucaliptus y pino. Sin embargo, debido a un cambio climático que se deja ver en muchas esferas en Chile,

“últimamente están llegando los frutales para la Araucanía porque antes se sembraban más arriba del país pero ahora hay más sequía allá, y a su vez aquí hace más calor de modo que se pueden dar los frutales”, como cuenta Anselmo Llaulen. Es por eso que terratenientes como Cheifelle habían decidido recientemente probar suerte con el negocio de la avellana. Otro grave impacto del cambio climático en Boyen Mapu de Trangol II es que “antes a esta época del año – marzo- no podíamos estar sin fuego del frío, y antes acá arriba había dos ríos que desbordaban siempre, de tanta agua que bajaba y ahora no lleva nada de agua”, cuenta Anselmo mientras pasea en manga corta en medio de los avellanos. “Antes se abnegaba el río cuatro veces al año, hoy en día sólo una como máximo. Antes el agua tocaba al puente, ahora ya no, los niños pueden pasarlo corriendo!”, exclama.

Las comunidades mapuche, como tantas comunidades indígenas, han usado ancestralmente las jornadas de trabajo colectivo para darse una mano entre familias o para trabajar comunitariamente la tierra. En Boyen Mapu siguen siendo comunes las jornadas colectivas de trabajo, llamadas mingakos, sin embargo es cierto que se ha caído en muchas dinámicas individualistas del trabajo laboral occidental. “Antes había más mingakos”, comenta Anselmo, “lo importante es la conciencia de uno, si me ayudan, yo ayudo también”, asegura. Rudesindo añade que “el trabajo comunitario es mejor, porque lo que yo no sé otros me lo van a enseñar, transmitir experiencia. Este trabajo se logra gracias a la unión y a la sinceridad.” A pesar de sentirlo así, el líder indígena cuenta que “a nosotros nos enseñaron “lo del metro cuadrado”, es decir nos enseñaron en ideología a no pedir ayuda a nadie, cada uno con su idea propia y sin dejar entrar a nadie en ella. Pero es mejor el trabajo comunitario”.

Por último, solo observando la comunidad se puede afirmar que la agricultura y la cultura mapuche han ido siempre de la mano. “Cuando canta el Chucao o el Piden que es el pajarito del agua, significa que va a llover”, relata Anselmo. Ha habido una pérdida importante en las prácticas culturales referidas a la tierra pero siguen estando los detalles cotidianos. “Si nosotros queremos hacer un *guillatun* -principal ritual mapuche-, primero hay que plantar el *rewe* -altar sagrado-, el Boyen va acompañado con el *mudai* -bebida sagrada- y el mote, unas tostadas, el trigo o *picül* se deja para llamar la suerte al lado del *rewe*, y tienen que haber también cordero, pollo y la bandera que identifica que la comunidad esta de *guillatun*, la bandera mapuche”. El conocimiento de las plantas medicinales, *lawen* en mapuzungun, sigue resistiendo sobre todo en algunas compañeras mapuche a pesar de que, como relata Rudesindo, “cuando entra la iglesia evangélica la gente se hace incrédula de las plantas medicinales porque ellos –los evangélicos- creen en el milagro”.

Referencias bibliográficas

- *El libro de Mapuexpress, desde Wallmapu, por la libre determinación de los Pueblos*, Mapuexpress, 2014.
- *Violencias coloniales en el Wajmapu*, Ediciones Comunidad de Historia Mapuche
- *Tayin Mapuche Kimün, Epistemología mapuche*, Juan Ñanculef Huaiquinao, Universidad de Chile, 2016
- *Plantar pobreza, el negocio forestal en Chile*, documental audiovisual de Periodico Resumen, 2014

Agradecimientos

Aurora Esther Colihuinca

Los hermanos y hermanas Huenchullán

Anselmo Llaulen

Lucía Llanka

Jaime Huenchullán de Temucuicui

Créditos

Familias de la Lof Boyen Mapu Trangol II, representadas por el actual *werken*, Rudesindo Huenchullán

Sistematizado por Berta Camprubí

Fotografías por Berta Camprubí y Camilo Tapia